

historias
de domingo

UN OFICIO EN PELIGRO DE EXTINCIÓN

Textos y fotos Antonio Gilgado y Jon Cuesta

Braseros eléctricos, calefacción, gas... La oferta para combatir el frío en los hogares es amplia, pero antes de que



UN DESCANSO. José Gómez toma un merecido respiro para fumar un cigarrillo antes de volver a arrimarse a su rutina diaria con el fuego.

La última llama del picón

A las seis de la mañana José apura la primera taza de café sentado junto a la mesa camilla en la que un brasero de picón le ayuda a combatir el frío que aún se alcanza en las primeras mañanas de primavera. El brasero que le calienta ha salido del sudor de su frente, ya que a sus 72 años se ve obligado a completar la escasa pensión que recibe, menos de 600 euros, quemando ramas de encina para venderlas como picón en las casas en las que todavía se utiliza. Muy pocos son los que aún mantienen el brasero de picón, y muy pocos también los que se dedican a él.

Sin embargo, este oliventino lleva casi treinta años luchando contra la competencia feroz de los braseros eléctricos y las instalaciones de calefacción.

Desde enero y hasta finales de abril, cada mañana se parte el lomo en la finca 'La Asesera'. Allí llega antes del amanecer, y nada más bajarse del coche el rocío de la hierba le da la bienvenida calándole los pies.

A oscuras -el día aún no ha despertado- busca con ahínco un buen sitio donde situar la piconera para amontonar todas las ramas que se han podado a las encinas. Una vez supervisado el terreno, se detiene en una peque-

AUTODEFINIDO

Me llamo José Gómez García, tengo 72 años y todavía me dedico a hacer picón.

Trabajo en esto desde hace 27 años, obligado por un accidente de coche que me afectó a la vista y que me hizo perder mi trabajo como chófer de autobuses.

Llegaré un día en que nadie se dedique a hacer picón, porque nadie lo comprará.

ña pendiente y pisa: «aquí está», dice mientras comprueba que la distancia que hay hasta las encinas es suficiente para que el fuego no las alcance.

José ha localizado su lugar de operaciones y enseguida se dedica a almacenar y amontonar todas las ramas dispersas y agruparlas en el lugar elegido.

Envidiable salud

La edad y la composición enjuta no impide que sus frágiles brazos puedan cargar sobre sus hombros las ramas que pronto serán devastadas por el fuego. Una labor casi imposible en una persona de 72 años y que sin embargo este piconero realiza sin esfuerzo.

«Ahora es un trabajo más fácil porque casi todo me lo acerca el tractor, yo sólo me encargo de algunas ramas, pero antes lo tenía que acercar todo», recuerda con la carga sobre su espalda.

Con la incorporación del tractor de la finca, el trabajo se agiliza, y en pocos minutos las ramas dispersas se han amontonado en la piconera. José observa con detenimiento la inmensa montaña de ramas que ha levantado. «Tenemos una buena carga», dice mientras busca la presencia del fuego regando la piconera con aceite.

Los primeros rayos de sol

llegaran todas estas posibilidades el brase-ro de picón era lo más habitual en la mayo-ría de las casas. Hoy son ya pocos los que lo utilizan y pocos también lo que se dedican a un oficio minoritario que está llamado a la extinción.

blogs.hoy.es/historiasdedomingo

Visita nuestro blog y haz comentarios sobre el reportaje semanal en www.hoy.es



parece haber quemado toda la piconera y ahora el calor es más soportable.

Aprovechando el quebranto de la llama, José nos cuenta que es piconero por accidente, que realmente lo suyo era la carretera. No en vano, durante más de veinte años estuvo trabajando como chófer de autobuses. Le encantaba ganarse la vida en la línea Miajadas-Badajoz, pero precisamente fue en la carretera donde su vida cambió de dirección.

Accidente fatal

El giro obligatorio de su vida lo tomó en 1979, cuando regresaba en coche junto a su mujer de la boda de un compañero y otro vehículo les echó de la vía en una curva. Su mujer sufrió una herida de la que afortunadamente se recuperó con varios puntos de sutura, pero él perdió un ojo, una losa que le impedía seguir trabajando con los autobuses y por la que se tuvo que jubilar.

Afortunadamente no perdió la vida, pero como el mismo dice «me la partieron por la mitad». Le quedó una pensión con la que apenas podía llegar al fin de mes una familia de siete hijos, así que hacer picón fue una alternativa.

Todavía hoy se le escapa alguna lágrima recordando aquel episodio, aunque reconoce que los sollozos y las penas han quedado atrás. «Lo más duro ya lo he pasado, ahora lo de hacer picón lo llevo fenomenal».

José es un superviviente, y lo demuestra en cada movimiento, en cada gesto y en las ganas con las que se agarra a la horca para amontonar el picón que ha dejado la hoguera. Tras el fuego, el protagonismo lo asume el humo que a borbotones sale de la piconera. «Ahora hay que dejar que recueza bien», explica en mitad de una inmensa nube de humo. Después de tantos años conoce todos los secretos para hacer un buen picón, secretos de un oficio que se extinguirá con él.

Último toque

Cuando el humo empieza a remitir, José le da el último toque al picón. Lo riega un poco y con la horca lo expande para airearlo. Sin levantar la mirada del montón de encina quemada afirma que «ha salido un buen picón. Lo hemos dejado bastante tiempo recociendo y se aireado».

Lo último es envasarlo para llevarlo a casa. Calcula que la piconera le ha dado para llenar 15 sacos que después venderá a tres euros. Con el sol ya en lo alto, las ramas de encina que amanecieron en la finca 'La Asesera' han acabado en un galimatías de sacos que José carga en el coche para dejarlos en su casa hasta que alguien se los compre.

De momento vende todo lo que hace, aunque cada vez le cuesta más. El picón hace tiempo que ha dejado de ser popular, y atrás quedan los años en los que antes de descargar los sacos ya los tenía todos vendidos. José es consciente de que llegará un día en que nadie tenga picón en su casa. Entonces desaparecerá un oficio y desaparecerá también una forma de sobrevivir.

sobre el campo de encina coinciden con el inicio de la hoguera. El susurro del fuego sobre los troncos es cada vez más violento, y en pocos segundos la tímida llama se ha convertido en una inmensa lengua de fuego que parece salir desbocada del vientre de la tierra.

Jugando con fuego

Mientras el fuego crece, José continúa con su tarea. Se afana por que todas las ramas ardan bien y las empuja hasta con la horca con el peligro de abrasarse. «Para hacer un buen picón hay que quemarse», relata entre el crepitar de las ramas. Reconoce orgulloso que en casi treinta años haciendo picón nunca se ha quemado, aunque es consciente del riesgo porque un cambio de aire puede traicionarte en el peor momento.

A los pocos minutos la hoguera empieza a disminuir, el fuego

LOS PASOS DEL BUEN PICONERO

1

AMONTONAR.

En primer lugar se amontona toda las ramas de encina dispersas en la piconera. José carga con algunas, pero el trabajo del tractor es más efectivo. «Cuando yo empecé a hacer picón no había tractor y tenía que acarrearlo yo todo, tardaba mucho más tiempo».



2

PRENDER.

Con un poco de aceite se prende fuego a las ramas, hay que asegurarse que las llamas consuman las retamas. José se tiene que enfrentar a un fuego abrasador que devasta la piconera. «Si no te acercas y te quemas no haces un buen picón».



3

REPOSAR.

Una vez que el fuego ha hecho todo su trabajo, hay que dejar reposar el picón durante unos minutos para después regar los alrededores con un poco de agua. El secreto está, según José, en que «recueza bien».



4

AIREAR.

Con la ayuda de la horca y de otros utensilios se expande todo el picón con cierta frecuencia, para que se airee debidamente. De esta forma se enfría de manera más rápida y se puede envasar antes.

